

América es el primer pueblo á quien el cielo ha favorecido proporcionándole una ocasion para elegir la forma de gobierno que ha de regirle; todas las demás Constituciones han derivado su origen de la violencia ó de circunstancias accidentales, hallándose por lo tanto mas lejos de esa perfeccion á que nosotros queremos aproximarnos, guiados por la razon y la esperiencia.

No podemos decir hasta qué punto habria aprovechado el pueblo de este Estado la oportunidad que acaba de presentarsele, pero si diremos que su Constitucion ha satisfecho á todos y ha sido aprobada en todas partes. Seria una agradable tarea examinarla é investigar sus principios, viendo qué relacion tiene en sus diversas partes, mas esto es un trabajo demasiado improbo en la presente ocasion. Debo por lo tanto limitarme á observaciones generales, y entre las que naturalmente se desprenden al reflexionar sobre este asunto, una de las mas óbvias es que se respetan en el mas alto grado los derechos de la naturaleza humana, que deben siempre ser inviolables en la sociedad; y que se ha procedido con toda prudencia en el ejercicio de los poderes legislativo, ejecutivo y judicial, no quedando duda por lo tanto de que nuestra Constitucion será permanente. Asi pues, mientras tengais sabiduria para discernir y virtud suficiente para designar los hombres que han de ocupar los puestos del Estado, sereis felices en vuestro pais y respetados en todas partes. Vuestra vida, vuestras libertades y vuestros bienes se hallarán solo á disposicion del Criador y de vosotros mismos; no os dominará otro poder que el que vosotros reconozcais, ni otras leyes sino aquellas que se dicten con vuestro consentimiento.

Todos podrán rendir culto á su Criador en la forma que les dicte su conciencia; á nadie se le obligará á profesar determinadas opiniones, ni se dará tampoco la preferencia á una secta en perjuicio de la otra, si bien la Constitucion consigna sabiamente que la libertad de conciencia no escusa los actos licenciosos ni justifica tampoco las prácticas que puedan turbar la paz y seguridad del Estado.

Pero recordad que aunque la Constitucion formada por vosotros sea una prueba de vuestra sabiduria, esperiencia y patriotismo, aun podrá perfeccionarse hasta que llegue á

ser una obra completa digna de admiracion. Procurad que la virtud, el honor y el amor á las libertades sean el alma y la base de aquella Constitucion y ella contribuirá al bienestar de ésta y las futuras generaciones, pues solo el vicio y la ignorancia podrian destruirla. Cada miembro de este Estado debe leer y estudiar asiduamente la Constitucion de su pais, enseñando á sus hijos á ser libres, pues conociendo sus derechos, antes sabrán cuándo se infringen y podrán prepararse á defenderlos.

Este es, señores, el primer tribunal que se establece bajo nuestra Constitucion, y espero que sus procedimientos merecerán la aprobacion de los amigos sin dar lugar á la censura de los enemigos.

Conviene observar que toda persona de este Estado, por elevada ó por humilde que sea su situacion, tiene derecho á ser protegida con arreglo á las leyes de este pais, y si esas leyes son sabias y se cumplen convenientemente, la inocencia será defendida, castigada la opresion y reprimido el vicio. Asi pues, es un deber comun y está en el interés de todos particularmente en los encargados de la administracion de justicia, unirse á fin de desterrar la licencia, defender las leyes, y por lo tanto difundir los beneficios de la paz, que son, la seguridad, el orden público y el buen gobierno, entre todas las clases que componen nuestra sociedad.

Supongo que será inútil recordaros que ni el favor, ni el resentimiento, ni otras consideraciones personales deben influir para nada en vuestra conducta. La calma, la prudencia, la moderacion y el firme empeño de que cada uno cumpla con sus deberes, son los principios que deben regiros.

Debeis observar que todos los delitos que se cometan en este condado contra la paz y el orden público, son los que deben llamar preferentemente vuestra atencion.

Tambien cuidareis muy particularmente de la falsificacion de las letras de crédito, emitidas ya, por este Congreso general ó por cualquiera de los otros Estados americanos. Esos delitos no son menos criminales en si mismos que perjudiciales para el interés de esa gran causa de la cual depende esencialmente la felicidad de América.

## CAPÍTULO III.

1777.

### CAMPAÑA EN EL NORTE DURANTE 1777.

Burgoyne sustituye en el mando á Carleton.— Los indios empleados por el gobierno británico.— Discurso dirigido por Burgoyne á los indios.— Su pomposa proclama.— Saint Clair en Ticonderoga.— Los ingleses ocupan á Sugar Hill.— Saint Clair resuelve retirarse y es perseguido por los ingleses.— Graves pérdidas de los americanos.— Consternacion en las colonias á consecuencia de la victoria alcanzada por Burgoyne.— Vigorosos esfuerzos de Schuyler para contener el progreso de aquel jefe.— Procedimientos del Congreso.— Carta de Washington.— Se envian refuerzos al Norte.— Se oponen varios obstáculos á la marcha de Burgoyne.— Se proyecta una espedicion contra Bennington.— Langdon.— Stark en el mando.— Derrota de Baum.— Saint Leger en el Mohawk.— Ataque del fuerte Stanwix.— Batalla cerca de Oriskany.— Muerte de Herkimer.— Estratagema de Arnold.— Veleidad de los indios.— Retirada de los ingleses.— Gates sustituye á Schuyler.— Sentimiento de este último.— Correspondencia de Gates con Burgoyne.— Muerte de Miss Mc-Crea.— Aumentan los apuros de Burgoyne.— Atraviesa el Hudson.— La batalla de Stillwater.— Los americanos obtienen la ventaja.— Crisis.— Segunda batalla.— Lucha encarnizada.— Muerte de Fraser.— Heroismo de Lady Ackland.— Burgoyne trata de retirarse y no lo consigue.— Capitulacion.— Clinton en el Hudson.— Vandalismo de Vaughan.— Observaciones de Botta.— Amabilidad de los americanos.— El Congreso rehusa permitir que se embarquen las tropas inglesas.— Apéndice al Capitulo III.— Proclama de Burgoyne.— Extracto de la correspondencia entre Gates y Burgoyne.

Mientras que Washington se hallaba ocupado segun ya hemos dicho en defender la causa de la libertad en Nueva-Jersey y Pennsylvania, continuaba la campaña en el Norte con no menos vigor que brillante éxito. Ya hemos dicho que el plan del jefe inglés era abrir un paso entre el Hudson y el Canadá á fin de separar los Estados del Este del resto de la Confederacion, plan que de haberse llevado á efecto habria perjudicado gravemente á los americanos. Asimismo hemos dado cuenta de la espedicion al Canadá en 1776, de cuyo punto tuvieron que retirarse al fin los americanos; tambien se recordarán los vigorosos esfuerzos de Carleton para avanzar hácia el Sur, y por último

de la obstinada resistencia que hicieron sus tropas á las órdenes de Arnold. La aproximacion del invierno impidió que aquel entendido oficial continuara las operaciones, y por lo tanto reanudamos nuestra historia con el principio de la campaña de 1777.

El general Burgoyne, que era un hombre tan ambicioso como emprendedor, habia conseguido obtener el mando de las fuerzas inglesas en el Canadá, á pesar de que Carleton, habiendo dado pruebas de su destreza y pericia militar durante la campaña del año anterior, tenia derecho para continuar en el mando. Burgoyne, que fué á visitar la Inglaterra durante el invierno, concertó con el ministro un plan de campaña, calculando



las fuerzas que necesitaria para alcanzar un buen resultado y accediendo á sus demandas, se dispuso que le acompañaran varios distinguidos oficiales, como los generales Philips, Fraser, Powel, Hamilton, Reidesel Specht, juntamente con un magnífico tren de artillería y mas de siete mil hombres de tropas veteranas perfectamente equipadas y disciplinadas. Además de esta fuerza contaba con un número considerable de canadenses é indios. El emplear á los salvajes fué una cosa resuelta ya por el gobierno inglés desde el rompimiento de las hostilidades, y aunque algunas veces se ha puesto esto en duda, puede probarse claramente por las cartas de Lord Dartmouth al coronel Johnson con fecha 5 y 24 de julio de 1775. «Es la voluntad del rey, decia el secretario, que no perdais tiempo en adoptar las medidas necesarias para inducir á las Seis Naciones á empuñar el hacha contra los rebeldes súbditos de S. M. en América, invitándoles á que sirvan al monarca conforme á las indicaciones del general Gage, á quien se dirige esta carta juntamente con un abundante surtido de géneros para hacer regalos á los indios (\*).» El general Carleton recibió el encargo de emplear toda su influencia para llamar al campamento á un gran número de aquellos y obtuvo en su empresa el mejor resultado.

Despues de mandar al coronel Saint-Leger que con un cuerpo de infantería ligera y algunos indios marchase hácia el lago Oswego y el rio Mohawk, para reconocer dichos puntos, volviendo luego á unirse con él cuando avanzara por el Hudson, el general Bur-

(\*) Véase el interesante escrito del Juez Campbell leído ante la *Sociedad histórica de Nueva-York* en 7 de octubre de 1845, en el cual se habla de las diligencias practicadas por el gobierno inglés para ocupar á los indios en la guerra de la revolucion.

goyne salió de San Juan el 16 de junio y precedido de su escuadra subió por el lago Champlain, desembarcando luego en Crown Point, donde acampó mucho antes de lo que se esperaba.

Allí fué donde Burgoyne invitó á los indios á un simulacro, dirigiéndoles un discurso á propósito para inflamar su celo y contener al mismo tiempo sus bárbaros excesos. Hé aquí algunas de sus palabras: «Moderad vuestro impetuoso valor; herid á los enemigos comunes de la Gran Bretaña y América, perturbadores del orden público, de la paz y la felicidad; destructores del comercio, parricidas del Estado.» Burgoyne ensalzó la perseverancia y constancia de los indios y su resignacion en los sufrimientos, y lisonjeó su amor propio diciéndoles que en aquel punto podian servir de modelo para su ejército. Titulándoles luego aliados del rey, aconsejóles que regulasen su sistema de guerrear con el de sus hermanos civilizados, y les dijo: «Yo os prohibo terminantemente que virtais sangre no siendo en el combate; los ancianos, las mujeres y los niños deben ser objetos sagrados para vosotros aun en tiempo de guerra, y si bien se os pagará los prisioneros que cojais, no os puedo permitir que corteis la piel del cráneo de vuestras victimas. Sin embargo, respetando hasta cierto punto vuestras costumbres, podreis hacerlo con los muertos, pero de ningun modo con los heridos y moribundos.» Los indios prometieron como siempre todo cuanto se les exigió, mas nadie podia fiarse de sus promesas, y el hecho de escitar contra los americanos la salvaje furia de sus confederados los indios, fué para los ingleses una mancha que nunca podrán borrar.

Habiendo avanzado Burgoyne el 2 de julio hasta Ticonderoga, circuló una pomposa proclama dirigida al pueblo del pais, en la

que amenazaba con terribles penas á los que persistiesen en la rebelion, ofreciendo al mismo tiempo proteger y apoyar á los que se sometiesen. Esta proclama hecha por un hombre de grandes pretensiones literarias, es un documento precioso, por cuya razon lo reproducimos en el Apéndice del presente capítulo, así como tambien una de esas ingeniosas y satíricas respuestas á que dió lugar. Seguramente no era muy oportuno aquel documento, pues los americanos son el último pueblo del mundo á quien puedan atemorizar ó seducir las palabras retumbantes.

La guarnicion de Ticonderoga era muy escasa de resultas de haber ido á reunirse con el comandante en jefe la mayor parte de las fuerzas del Norte, así es que el general Saint Clair, comandante de la plaza, solo contaba con dos mil hombres, cuando necesitaba lo menos diez mil para defenderla contra un fuerte ejército. Frente á Ticonderoga en la parte oriental del canal, que tiene en aquel sitio de trescientas á cuatrocientas varas de anchura, se encuentra una elevada colina circular llamada Monte Independencia, que habia sido ocupada por los americanos cuando abandonaron á Crown Point, y que se hallaba entonces muy bien defendida. En la cúspide de dicha colina, que es plana, habiase erigido un fuerte provisto de suficiente artillería, y cerca del pié de la montaña, que se estiende hasta la orilla del agua, encontrábase varios atrincheramientos montados por cañones de grueso calibre, hallándose las obras bajas protegidas por una batería colocada á cierta altura.

Merced á sus prodigiosos esfuerzos los americanos habian establecido una comunicacion entre los dos citados puntos por medio de un puente de madera sostenido por veinte y dos pilares de roble colocados á igual distancia uno de otro. Los espacios que habia entre

estos pilares se rellenaron con balsas fuertemente unidas entre sí y á los pilares por medio de cadenas de hierro: el puente, que tenia doce piés de anchura, se hallaba defendido en la parte que da al lago Champlain por un botalon formado de grandes vigas enlazadas entre sí por dobles cadenas de hierro de pulgada y media de espesor.

Un poco mas allá de Ticonderoga el canal se ensancha, y en la parte Sudeste recibe una gran cantidad de agua de una corriente que en aquel sitio se llama South River, aunque un poco mas allá se le da el nombre de Wood Creek. De la parte del Sudeste vienen las aguas del lago Jorge, y en el ángulo formado por la confluencia de esos dos corrientes elévase una escabrosa eminencia denominada Sugar Hill, que domina á Ticonderoga y al Monte Independencia.

Los americanos habian examinado ya dicha colina, mas comprendiendo el general Saint Clair, que las fuerzas que tenia á sus órdenes no eran suficientes para ocupar las estensas obras de Ticonderoga, y lisonjeándose por otra parte de que los ingleses no se atreverian á subir por el Monte Independencia en vista de las dificultades que ofrecia la ascension, no pensó en ocupar á Sugar Hill.

Al aparecer la vanguardia del ejército de Burgoyne, Saint Clair ignoraba cuán numerosas eran las fuerzas de aquel jefe, pues no tenia noticia de que Europa hubiera enviado grandes refuerzos, y por lo tanto supuso que no seria difícil rechazar un asalto. Los ingleses sin embargo se acamparon con fuerzas considerables á cuatro millas de los fuertes y la flota ancló un poco mas allá del alcance de los cañones. Despues de una corta resistencia, Burgoyne se apoderó de Mount Hope (Monte Esperanza), punto muy importante, que situado al Sur de Ticonde-



roga, dominaba las líneas del fuerte así como también el canal que conduce al lago Jorge, y estendió luego sus tropas de modo que pudiera embestir el fuerte por la parte del Oeste. La división alemana á las órdenes del general Reidesel ocupó la orilla oriental del canal, enviando luego un destacamento que debía situarse junto al riachuelo que corre desde el Monte Independencia; y entre tanto Burgoyne, al saber que Sugar Hill dominaba completamente la fortaleza, resolvió apoderarse de aquel punto de una vez, y despues de grandes trabajos durante cinco dias consiguió al fin subir los cañones. Desde entonces se dió á la colina el nombre de Mount Defiance (Monte del desafío), porque ya los ingleses podían retar á sus enemigos al ocupar tan ventajosa posición.

Los sitiadores no pudieron oponerse á los movimientos de sus contrarios, y tanto es así que Saint Clair se vió pronto casi del todo cercado, pues solo quedaba libre el espacio comprendido entre la corriente de Monte Independencia y South River, y aun aquel iba á ser ocupado al dia siguiente.

En semejantes circunstancias hacíase preciso que la guarnición se resolviese en el acto, ya á defender la plaza á todo trance ó á evacuarla inmediatamente, y en su consecuencia Saint Clair convocó un consejo de guerra en el que se acordó por unanimidad abandonar los fuertes, para lo cual se adoptaron las oportunas medidas. Como los ingleses dominaban la comunicacion con el lago Jorge, la guarnición solo podría escaparse por South River, y por lo tanto transportáronse á doscientos botes los inválidos, el hospital y el mayor número de municiones posibles. El regimiento del coronel Long recibió orden de escoltar aquel convoy, que se puso en marcha en la noche del 5 al 6 de julio con dirección á Skeenesbo-

rough, en tanto que las guarniciones de Ticonderoga y Monte Independencia marcharon por tierra al mismo punto atravesando Castleton. Las tropas recibieron orden de marchar en el mayor silencio, encargándoles particularmente que no prendiesen fuego á nada, pero no se hizo aprecio de aquella recomendación, y antes que la retaguardia se pusiese en movimiento, vióse arder la casa que en Monte Independencia habia ocupado el general Fermoy. Aquello sirvió de señal á los ingleses que penetrando inmediatamente en las obras, rompieron el fuego sobre la retaguardia del fugitivo ejército aunque sin resultado alguno.

Los americanos se dirigieron algo desordenadamente á Hubbardton, desde cuyo punto el grueso de las fuerzas al mando de Saint Clair continuó su marcha hácia Castleton; pero los ingleses no se descuidaban, pues el general Fraser, á la cabeza de un fuerte destacamento de granaderos de infantería ligera, se lanzó á la persecución del enemigo siguiendo la orilla derecha de Wood Creek. El general Reidesel marchaba detrás rápidamente con las tropas de Brunswick, ya para apoyar á los ingleses ó operar separadamente, segun lo exigiese el caso, y entretanto Burgoyne resolvió perseguir al enemigo por mar. Pero era necesario destruir las obras del puente construido delante de Ticonderoga y en su consecuencia una brigada de marineros y peones comenzaron la operación con tal actividad que en menos tiempo del que se necesita para describir aquellas obras que habian costado tantos trabajos y gastos, todas quedaron completamente demolidas. Despejado así el paso, los buques de Burgoyne penetraron inmediatamente en Wood Creek y comenzaron á perseguir al enemigo con la mayor rapidez. Tanto por tierra como por mar hubo

entonces un gran movimiento; á las tres de la tarde la vanguardia de la escuadrilla británica, compuesta de cañoneras, atacó á las galeras americanas cerca de Skeenesborough Falls, y entretanto tres regimientos que habian desembarcado en South Bay atravesaron rápidamente una montaña á fin de rechazar al enemigo hasta Wood Creek, destruir sus obras en Skeenesborough y cortar la retirada por Forn Anne. Los americanos, sin embargo, evitaron aquel golpe merced á la rapidez de la fuga: las fragatas inglesas que se habian unido con la vanguardia cayeron sobre las galeras enemigas, que viéndose ya cercadas por las cañoneras, apenas tenían por dónde escapar. Dos de ellas se rindieron, otras tres se incendiaron, y entonces los americanos, perdida completamente la esperanza de hacer frente á sus enemigos, huyeron en dirección al fuerte Anne por la parte de Wood Creek, no sin haber perdido todos sus bagajes y una considerable cantidad de municiones de que se apoderaron los ingleses.

La persecución por tierra no habia sido menos feliz. En la mañana del 7 de julio los ingleses alcanzaron la retaguardia americana que contrariamente á las órdenes de Saint Clair, se habia apostado en los alrededores de Hubbardton. Las tropas de Fraser no eran mucho mas numerosas que las del enemigo, pero sabiendo aquel general que Reidesel venia detrás, dispuso que se diera el ataque inmediatamente, y aunque Warner opuso una vigorosa resistencia, vióse luego precisado á retroceder porque una gran parte de su milicia emprendió la retirada al ver que avanzaban las tropas de Reidesel con sus banderas desplegadas y á tambor batiente para reforzar la línea del enemigo. Entonces Fraser dió orden para que se atacara á la bayoneta, lo cual se hizo

tan impetuosamente, que los americanos huyeron á la desbandada, sufriendo grandes pérdidas. Saint Clair quiso todavía resistirse, pero la desordenada milicia rehusó volver al combate y no hubo mas remedio que reunir los restos del ejército y retirarse hácia el fuerte Eduardo para unirse con Schuyler.

Burgoyne, que no queria perder las ventajas que acababa de obtener, envió un regimiento para que se apoderase del fuerte Anne, defendido por una escasa fuerza al mando del coronel Long. Este oficial situó convenientemente sus tropas en un estrecho barranco que tenían que atravesar los sitiadores, y llegado el momento rompió un fuego tan nutrido por el frente y por el flanco, que los regimientos ingleses pudieron difícilmente retirarse en una colina cercana, donde los americanos los atacaron con tal vigor, que á no ser por la falta de municiones los hubieran derrotado completamente. No siendo posible continuar la lucha, pronunciáronse en retirada las tropas de Long, y despues de incendiar el fuerte, marcharon á reunirse con el resto del ejército.

Segun dice Botta (\*), difícil seria describir el terror y la consternación que produjo la victoria de Ticonderoga en las provincias americanas, así como la alegría y entusiasmo que escitó en Inglaterra. La noticia de aquel suceso se celebró en la corte con públicos regocijos y fué un motivo de alegría para todos los que deseaban someter á la América sin condiciones. Hubo algunos que anunciaron que se terminaria muy en breve tan gloriosa guerra, declarando que era imposible que los rebeldes se recobrasen de sus últimas pérdidas tanto en hombres como en armas y sobre todo que sintieran renacer su valor y entu-

(\*) *Historia de la guerra de la Independencia*, vol. II, pág. 280.